

# Pirámides

**Discreto García**

Cuando Carlos levantó la vista de sus papeles y vio entrar en el despacho a Lorenzo, supo que algo iba bien. Quizá por primera vez en mucho tiempo. En todos los meses que él llevaba en la nevera y en los meses anteriores que habían pasado juntos en el frente no había observado una sonrisa tan sincera en el rostro de su compañero como la que ahora veía.

- ¿Cómo te va en la nevera?
- Ya ves, no tan mal. Salgo a mi hora y nadie me molesta en exceso. El jefe es un cascarrabias de la vieja guardia, pero también está apartado de la circulación de modo que ni él mismo se toma en serio. Lo malo es la pasta. No tengo bono de compañía, así es que gano un tercio menos que antes. Pero a todo se acostumbra uno. Por lo menos estoy lejos de todos esos hijos de puta.
- ¿Y no te aburres?
- Pues sí. Redacto informes que nadie lee. Es curioso como antes trabajaba tanto y ahora tan poco.

Lorenzo tamborileó el lápiz sobre la mesa. Llevaba toda la vida trabajando a brazo partido y ahora sólo soñaba con su prejubilación. Estaba a punto de alcanzarla con 62 años cuando le metieron con Carlos en el asunto del yate.

Carlos recordaba con claridad cómo le dio la noticia Leo, su jefa. Fue tras una insoportable reunión de todo el departamento. A Leo le encantaba tenerlos a todos reunidos a su alrededor escuchándola hablar, lo que para sus empleados era una simple pérdida de tiempo. Transportes Especiales (TE, su empresa) tiene una vocación de empresa moderna. Sus valores alcanzan a todos sus empleados. En la dirección estamos comprometidos a que cada empleado trabaje con el rigor y honestidad que ha presidido cada una

de las actuaciones desde el comienzo de esta empresa. Bla, bla, bla. La lista de chorradas no tenía fin. Llevaban más de tres horas de cháchara y el comedor estaba a punto de cerrar. La inquietud de los presentes iba en aumento de modo que Carlos se erigió en portavoz (con un cierto temor) y le sugirió que dejara de largar estupideces, es decir, que si podían dejar el aleccionamiento para otro momento ya que, además de soportar otras muchas cosas, pasar hambre rayaba en lo inhumano. Si no tuviera que perder el tiempo con vosotros repitiendo lo que deberías saber ya habríamos acabado, respondió Leo. A ver si el próximo día os traéis los deberes hechos. Carlos y Lorenzo, después de comer venís a mi despacho.

- Ayer te estuve llamando y no respondiste. Carlos, ¿cómo se te ocurre apagar en móvil en estos tiempos? Tal como va el negocio y como están las cosas ahí fuera. Parece que no te das cuenta de cualquiera puede estar en la calle en unas horas.
- Leo, eran las nueve de la noche. Estaba acostando a los niños. – Dijo Carlos mientras Lorenzo miraba hacia otro lado intentando no reparar en la bronca que le estaba cayendo a su compañero.
- Aquí todo el mundo tiene derecho a disfrutar de su vida privada menos yo. – Los dos empleados la miraron pensando al unísono que era Leo misma la que había renunciado a tener vida privada para dedicarse a prosperar en la empresa. Era más o menos atractiva, pero perdía el encanto por momentos. Estaba al borde de la edad en la que no se recomienda tener hijos y aunque se sabía que tenía un novio, nadie adivinaba en qué momento de la semana se veían. Esto amargaba su carácter día a día. A la vez que veía desaparecer en el horizonte sus aspiraciones personales, no acababa de ganar las medallas para el ascenso en la empresa que tan ardientemente deseaba. – Conocéis a Barry Ellison ¿no?
- ¿El magnate del software empresarial? Si, claro– Barry Ellison había construido un imperio sin par en el mundo de la informática. Al mando de EMEM (El Mundo Es Mío)

había conseguido que no hubiera un solo ordenador empresarial en el mundo que no llevara sus programas. Y que no le pagara un dineral por ellos. En contra de sus competidores, más discretos, Ellison era un excéntrico megalómano apasionado por los yates, el más grande de los cuales, Empire, era un monstruo enorme de 120 metros.

- Ha contactado con Transportes Especiales pidiendo nuestros servicios.
- Y qué quiere que transportemos ¿su yate? – Carlos se arrepintió enseguida del tono burlón de su comentario. La ratita presumida le fulminó con la mirada. Luego, lentamente sonrió.
- Pues sí, acertaste. Quiere que transportemos el Empire. Os he puesto un correo con parte de la documentación. Revisadla y lo vemos en dos horas.
- ¿Dos horas? Disculpa, Leo, pero yo me tengo que ir. Dentro de un mes serán los campeonatos internacionales de esgrima. Mi hija entrena a las 8 y no puedo faltar. –Carlos apenas era capaz de escucharse a sí mismo de tan bajo como se estaba disculpando. Lorenzo bajó la vista hacia los papeles que llevaba.
- Este puede ser el contrato más importante de TE en todo el año. Todos nos jugamos el bono. Julián mismo está involucrado. – Julián Ovejero “La Bestia”. Un mal bicho. Director comercial de la zona centro, aspirante a Director General de TE y jefe de Leo. Su sola mención alteraba el ritmo cardíaco de cualquier empleado. – Nos vemos en dos horas.
- Leo, no va a ser posible. Nos vemos mañana.

Carlos abandonó el despacho de su jefa con el corazón acelerado mientras sentía clavada la mirada de su jefa en su espalda. Allí la dejó con el bueno de Lorenzo que le diría a todo que sí. Presión y más presión. Amenazas y malos modos. Que si la crisis, que qué te has creído, que te vas a enterar. Y lo peor es que se llevaba a la jefa en la cabeza. Durante el entrenamiento de la niña apenas se

concentró. Y le persiguió durante la cena y cuando se fue a dormir. La puta jefa.

A primera hora revisó el material que le había enviado Leo. Aunque faltaba información, el aspecto inicial del proyecto era disparatado. Esperpéntico. Barry Ellison había hecho aumentar el tamaño de su yate en 30 metros cuando estaba en plena construcción sólo para que fuera más grande que el de sus rivales. Ahora pretendía transportarlo a la capital con 120 metros de eslora. Sin desmontar. De una sola pieza. Un viaje de 350 Km. por carretera. Anteriormente se habían transportado objetos muy grandes. Como las palas de los molinos eólicos. Pero las palas medían 40 metros y apenas pesaban. Nada que ver con semejante monstruo. El yate sería su nueva sede empresarial desde la que dirigiría su imperio. En lugar de un edificio, un yate varado en la ciudad. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Eran preguntas sin responder. El informe estaba lleno de “sin definir” Intuía que la última, ¿cómo? le correspondía responderla a él.

– Carlos, ¿qué te parece? – La voz de Lorenzo sonaba al otro lado del teléfono

– Es tal el desatino que no me lo creo

– Pues vete creyéndolo. Hay personas influyentes interesadas en ello.

– Como quién

– Soledad Leizalarrea

– ¿La alcaldesa?

– En efecto.

– ¡Tan alto llega!

– Creo que más.

– Y tú ¿cómo lo ves?

– Espero que no me salpique. Sólo quiero jubilarme tranquilo. Aunque no creo que nos libremos.

– Uff Espero que no afecte a nuestras vacaciones de verano. Rosa y yo lo tenemos todo planificado. Bueno, te dejo. Sigo con esto.

Carlos revisó el material de prensa de que disponía. En primer lugar, Soledad Leizalarrea, alcaldesa de la capital, mujer altiva y dominante. Nada se interponía en su camino. Había creado una red de

espías que controlaba toda la nación: a los ciudadanos, a la oposición y a su mismo partido. Su principal enemigo era Adriano Louriño, el Presidente del Gobierno, miembro de su mismo partido. El emperador Adriano, como era conocido, era un viejo verde al que sólo le interesaban las mujeres jóvenes. Se sabía perseguido por la alcaldesa y su red de espías, pero el rijo le podía y a veces se exponía en exceso con sus grotescas orgías. Se decía que la alcaldesa tenía toda la información con fotos muy comprometedoras y que sólo esperaba la ocasión para derribarlo y ocupar su puesto. Adriano, llamado el magnate del software antes de ser Presidente de Gobierno, leyó Carlos. Un momento, el magnate del SW era Barry Ellison. Carlos siguió buscando y encontró lo que al parecer todo el mundo conocía menos él. Adriano y Barry estaban enfrentados comercialmente desde hacía dos décadas. Barry había financiado a todos los candidatos de la oposición con los que se había enfrentado Adriano. Incluyendo a la mismísima alcaldesa.

Antes de reunirse con Leo, llamó a Gerardo el técnico que tenían asociado a los proyectos complejos. Gerardo no estaba pasando una buena racha. Débil de carácter, había tenido una separación muy mala que, aunque parecía haber revertido algo, todavía tenía secuelas. Carlos se sorprendió al oír una voz de niño pequeño al otro lado. Papá no se puede poner, dijo. Ahora está llorando. Ah, dijo Carlos atónito. Y tú ¿qué tal estás? Bien, respondió el niño. A veces papá está así, pero luego se le pasa y es muy bueno. Vale, no pasa nada, dijo Carlos, ya le llamaré más tarde.

Apenas colgó, el teléfono sonó agresivo y Carlos escuchó la imperativa orden de su jefa: Estamos en la sala de reuniones. Ven ya.

Con gran desagrado e inquietud observó Carlos que en la sala, además de Leo y Lorenzo, estaba la Bestia. Su compañero tratando de ser invisible y Leo haciendo la pelota a su jefe de manera vergonzosa.

- Como sabéis, tenemos entre manos un asunto muy importante que nos va reportar enormes beneficios. – Julián se encargó de abrir la reunión. – Barry Ellison quiere

instituir una gran sede empresarial en la capital. Para ello usará su yate como buque insignia. Ha confiado en nosotros para transportarlo a su ubicación definitiva. Será en el terreno que posee en el centro de la ciudad.

- De hecho ya ha comenzado a construir la piscina, el estanque donde flotará el barco– Leo había dado el relevo a su jefe.– Los detalles técnicos son cosa nuestra.
- Creo que usar un yate auténtico como sede en el centro de una ciudad de secano es una novedosa estrategia de marketing. – Lorenzo hizo su apunte.
- No lo hace por marketing. A Barry – Barry, con familiaridad, como si le conociera de toda la vida. Leo era incorregible – no le hace falta el marketing. Sus productos se venden solos. Tampoco el dinero. Le sobra.
- Entonces ¿por qué lo hace? – Preguntó Lorenzo.
- Porque le da la gana. Porque puede hacerlo. Para que se sepa que si quiere, puede, que nada se le pone por delante. – La admiración de la Bestia era incontenible. – ¿Alguna duda?
- Si... eh... Varias. Esto parece manifiestamente ilegal. – Comentó Carlos. – Construir una piscina de 120 metros en el centro de la capital, mantenerla llena de agua dulce...
- ...salada. – apuntó Leo.
- ...salada, varar un yate en ella, ¿Cómo obtendrá los permisos?
- Cuenta con amigos. La alcaldesa le apoya– dijo Leo
- Pero Soledad no quiere estar directamente involucrada. – La Bestia paseó la mirada por cada uno de los presentes.– Nosotros, además de organizar los transportes actuaremos de facilitadores. Pediremos los permisos, aunque contaremos con su ayuda. Puede que haya que realizar algún acto excepcional. Si el acto es demasiado, digamos paralegal, lo subcontrataremos.
- ¿Y el transporte en sí mismo? ¿Cómo vamos a traer desde la costa un yate tan enorme sin desmontarlo? Se caería en la primera curva. – Carlos se retorció inquieto.

- También contaremos con la ayuda del ministerio. Quizá haya que modificar alguna curva de la autopista.– dijo Leo – Bien, ¿qué opináis?
- Nosotros no tenemos estructura, la empresa es difícil, es... es... es imposible. – Carlos había estado tratando de evitar esas precisas palabras que sonaban malditas delante de sus jefes, pero ya no había podido contenerse.
- ¿Imposible?– Leo respondió hecha una furia, ganando de paso puntos ante La Bestia.– Imposible no hay nada. Más difícil era construir las pirámides hace cuarenta siglos y se hicieron. Y nosotros vamos a terminar este proyecto por encima de cualquier impedimento. Si Julián no tiene más que decir, acabamos la reunión. Por cierto, pasadme vuestro plan de vacaciones. Creo que este año va a estar complicado que nadie las coja.

La sangre hervía en las venas de Carlos. Las pirámides. Estaba claro el modelo empresarial de la jefa. Esclavos arrastrando piedras por el desierto mientras el látigo de los capataces restallaba sobre sus espaldas. Todo un modelo del siglo XXI. Las pirámides. Y además las vacaciones y las horas extra sin remuneración y las exigencias y las llamadas a cualquier hora. Desde que la Bestia se separó, pasaban las semanas sin que viera a sus hijos. ¿Qué más le daban las vacaciones a él? Su único objetivo era sacar adelante el asunto del yate, ganar el bono de compañía y estar en posición para relevar al Director General de TE. En cuanto a Leo, jamás tendría hijos ni nada que hacer fuera de la oficina de modo que tampoco le importaban gran cosa las vacaciones. Carlos miró largo rato a través de la ventana hasta que, resignado, volvió a sus papeles. El transporte. A ver qué coño hacemos con esto.

Las semanas fueron pasando y algunas de las cosas que parecían imposibles fueron resolviéndose. Quizá Leo tenía razón. O la alcaldesa tenía mucha influencia. O su red de espías era muy eficaz. O Barry Ellison, el magnate del SW, tenía mucho dinero. O todo ello junto. El caso es que los permisos se fueron concediendo, los

papeles fueron llegando rellenos y el plan seguía en marcha. Donde hubo que recurrir a un subcontratado para algún tema “más delicado”, se hizo con resultados positivos. Aún quedaban cosas por resolver. Importantes. Como poco había que modificar cuatro curvas en la autopista. Y eso era competencia del ministerio. Adriano, el Emperador, no lo admitiría tal cual. Tenía enfrente a sus dos peores enemigos, la Alcaldesa y el magnate del SW. Además, el transporte seguía siendo muy complicado. Y también estaba la oposición, los ecologistas... Aunque la alcaldesa había manifestado su desprecio por todos ellos en numerosas ocasiones.

Un día, Carlos abrió el periódico y quedó pasmado ante la foto de portada. Una guapísima rubia estaba sentada sobre las piernas de Adriano, el emperador, el Presidente del Gobierno. En el interior varias fotos más mostraban al presidente rodeado de atractivas jóvenes. Se ha desatado la guerra, le explicó Lorenzo. Así debía ser y estaba claro que la iban ganando Soledad y sus espías. De pronto los últimos permisos de modificación del trazado de la autopista acabaron de llegar. Adriano había claudicado, Soledad y Barry Ellison vencían. El camino quedaba libre para el transporte del Empire.

Sin embargo, los problemas técnicos seguían pareciendo imposibles de responder. Carlos llamó a su jefa.

- Leo, estoy revisando el transporte y no veo como llevarlo a cabo.
- ¿Has consultado con los técnicos?
- He hablado con Gerardo. Dice que no es posible. Aparte, no se encuentra muy bien personalmente.– Carlos recordaba con congoja la voz de su hijo diciéndole que su padre estaba llorando. Después de eso sólo había hablado una vez con él. Pero Gerardo era muy bueno. Si él decía que no se podía, es que no se podía.
- Me importa un bledo como se encuentre personalmente. Quiero una solución. Y la quiero ya. En un mes empezamos el transporte.
- ¿En un mes? ¡Si queda todo por hacer!

- En un mes cerramos el ejercicio. Esto no es un beneficio del ejercicio que viene sino de este. Por lo tanto el asunto debe de quedar terminado en un mes. Nos jugamos el bono. ¿Algún problema más?
- Bueno, si. La documentación que presentamos tiene algunas complicaciones. Algunos párrafos no se ajustan a la realidad como el tamaño y peso del transporte y alguno más.
- ¿Y?
- Que alguien tiene que firmar
- Pues tú.
- Leo, me temo que yo no voy a firmar.
- ¿No?– Leo colgó de golpe y Carlos notó una sensación de amenaza en el ambiente.

Unos minutos después, el teléfono de Carlos volvió a sonar. Era la Bestia.

- Creo que no quieres firmar el documento técnico. Al parecer tienes algunos... escrúpulos.
- Bueno, Julián. No se ajusta del todo a la realidad.
- ¿Y quieres que lo firme yo?
- No te puedo decir. Si quieres lo preparo para tu firma.
- ¡Qué huevos tienes! Toda la puta empresa pendiente del bono y tú no quieres firmar un documento técnico de mierda. El señorito quiere que lo firme yo. ¿Y tú a qué coño te dedicas? Al final todo lo tengo que hacer yo. ¿Bueno firmas o no?
- Como te he dicho si quieres te envío el documento preparado para tu firma. – Y la Bestia colgó sin responder. Colgar de golpe era una conducta generalizada y parecía ser una recomendación en los cursos de dirección.

Por más que le daba vueltas, Carlos era incapaz de imaginar como transportar ese yate. Un camión en la proa y otro en la popa además de un par de plataformas en medio del barco. Cuando llegaran a una curva, las plataformas irían moviéndose para encontrar puntos de apoyo dentro de la calzada. Imposible. Siempre llegaba a la misma conclusión. Imposible. Mientras, el tiempo se echaba encima, el

plazo de un mes se acercaba a su cumplimiento y las vacaciones familiares estaban a punto de empezar. En apenas una semana la familia acompañaría a su hija a los campeonatos internacionales de esgrima. Luego pasarían unas semanas viajando.

- Leo te recuerdo que la semana que viene cojo las vacaciones
- No lo creo. No vas a ir de vacaciones ahora. A menos que estés presentando tu renuncia.
- Bueno, esto no va a salir en un mes ni en tres...
- Saldrá en tres semanas y si tú no estás lo va a hacer otro y tú te vas a la nevera o a la calle. Y por supuesto sin bono.- Y siguiendo con precisión las instrucciones de los cursos de dirección, Leo colgó el aparato.

Una semana después, Héctor, el Trampas pasaba por el despacho de Carlos a recoger la documentación del proyecto. Qué, ¿de vacaciones? le dijo mientras sonreía burlonamente.

Lorenzo volvió a tamborilear la mesa delante de Carlos. Estaba sinceramente contento.

- Supongo que no te has enterado de nada
- ¿De qué?
- Del asunto del yate
- No. Me relevaron. Me enviaron a la nevera. Sólo pienso en mis cosas. ¿En qué acabó todo?
- Ya lo puedes suponer
- En un desastre
- Pues sí. Hiciste bien en salirte a tiempo.

- No me salí, me echaron. Adivino que no se facturó dentro del ejercicio
- Pues sí, sí se facturó. Aunque en realidad no se realizó dentro del ejercicio. La Bestia modificó los datos contables. Unos meses después descubrieron el pastel y le han echado. No sólo eso. Firmó el informe técnico. Ese informe que quería que firmaras tú. Alteró los datos del barco. Está procesado por falsedad en documento público.
- Creí que estaba todo controlado y que Adriano había permitido que todo siguiera adelante.
- Cambió de opinión. Después de que aparecieran las fotos de sus orgías estuvo un tiempo meditando. Luego concluyó que si él iba a estar jodido, lo estarían todos. De modo que arremetió contra el asunto del yate. Se revisaron todos los documentos y pillaron a la Bestia. De paso destapó la red de espías de la alcaldesa.
- Algo he leído.
- El caso es que ninguno de los dos se presentará a las próximas elecciones.
- Y de Gerardo ¿sabes algo? Cuando hablé con su hijo me dejó muy preocupado.
- Estuvieron presionándole y él se deprimía cada vez más. Pero ahora ha llegado a un acuerdo con su mujer. Al menos ya no se pelean y parece que le va mejor. Hace un par de semanas se ha reincorporado.
- Vaya. Me alegro.
- ¿No quieres saber como acabó el Empire?
- No llegó a su destino.
- Peor
- Se rompió en la primera curva.
- Exacto.
- Era imposible.
- Era imposible. Enviaron unas grúas enormes y lograron retirarlo de la calzada. Te aconsejo que vayas a verlo. Ese pecio naufragado en la llanura es todo un monumento a la estupidez humana.

- Por cierto, estás muy contento. No será que...
- Me jubilo. – Lorenzo parecía a punto de sollozar. – Son muchos años en la empresa. Muchas cosas buenas y malas. Al final nadie te echa de menos. – Carlos se levantó, rodeó la mesa y abrazó efusivamente a su compañero. A punto los dos de llorar. Luego, un poco más sosegado. – Tengo muchos proyectos. Seguro que lo paso muy bien.
- Si no fuera por los compañeros, Lorenzo, esto sería un infierno. Por cierto, ¿Qué ha sido de Leo? ¿Se casó?
- No, claro. Su novio la dejó plantada. En relación al yate, Leo vio todo lo que se venía encima. Estuvo al lado de La Bestia, pero llegado el momento se desmarcó. Pidió un finiquito y se largó. Ha montado su propia empresa.
- Su propia empresa. Y ¿cómo se llama?
- Pirámides.

*L.A. veinte de julio de 2009*